

## EL SÍNTOMA CONTEMPORÁNEO

### RESUMEN

*En el presente trabajo se repasan los cambios ocurridos en la relación entre el sujeto y los colectivos en los que se incluye. El modo tradicional en que esto ocurría era mediante la identificación al ideal, mediada por el amor. Esta identificación se inscribía en alguna de las formas representativas con las cuales se procuraba el gobierno de las personas. Pero esta identificación era siempre parcial y dejaba un resto sin nombrar que era uno de los apoyos del sujeto. Pero a partir de que la inscripción social no se hace ya bajo los modos del amor y del ideal, sino de burocracias informatizadas, cuyas reglas de inclusión son impersonales, asubjetivas e inexorables, el síntoma ya no es lo que era. Su modelo ya no es la histeria y su pregunta, sino alguna de las formas de la descarga y a la violencia. El síntoma contemporáneo está ligado a la creciente homogenización de las identidades alrededor del objeto de satisfacción. Paradójicamente, esta expansión de la igualdad, no sólo no pacifica las comunidades, sino que parece fomentar dicha violencia, A partir de estos datos se revisan los modos contemporáneos del síntoma y alguna de las condiciones de su tratamiento.*

PALABRAS CLAVE: SÍNTOMA CONTEMPORÁNEO, VIOLENCIA, INSCRIPCIÓN SOCIAL

No es ocioso preguntarse, de vez en cuando, ¿que hago acá?, ¿Qué hace un psicoanalista en un congreso de sociología? Sin embargo no es tan raro como parece, a lo largo del siglo XIX, al estudio de las sociedades se le agregó cierta mirada, entre médica y psicológica, que procuraba encontrar un lugar para el sujeto entre las multitudes que migraban a las ciudades (1). Desde entonces ese lugar es inquietante. Ni la psiquiatría, ni la psicología, han podido reabsorberlo y sigue ahí, reclamando su lugar, aunque cada vez menos, porque lo que no pudieron hacer ellas lo ha hecho el mercado con resultados que no hemos valorado lo suficiente. El psicoanálisis aún guarda la inquietud de ese lugar, claro que luego de haber contribuido, y mucho, a liberar el goce con el que el mercado promete saturarla.

Diría, para comenzar, que plantear al sujeto como un obstáculo es ya el resultado de esos cambios culturales contemporáneos. Dejo abierta la delimitación de dicho alcance porque se puede, sin abusar demasiado de la confianza, recurrir a las noticias cotidianas para ejemplificarlo. Allí queda en evidencia la fragmentación de las figuraciones de lo colectivo y, con ellas, la ruptura de la relación que esas figuraciones mantenían con la categoría de sujeto. Lo prueban, en esta misma mesa, los trabajos que analizan las dificultades de la lengua para responder, con un nombre o una práctica, a las nuevas situaciones que la cultura plantea. Y esto tiene consecuencias, por ejemplo en la dirección de las políticas que se aplican a gobernar esos colectivos, pero también en los modos en que se experimenta subjetivamente esa ruptura. No estaríamos preguntándonos por la relación entre estado, poder y sujeto, si la relación entre ellos no hubiera cambiado radicalmente y creo que con un saldo de impotencia.

Hasta no hace mucho se esperaba, y mayormente se conseguía, que un sujeto se identificara a esas figuraciones colectivas. Se esperaba, por ejemplo, que al llegar a lo que llamábamos “madurez”, el sujeto adoptara su propio gobierno, basado en el reconocimiento de las satisfacciones que hubiera querido y los límites que se le imponían para hacerlo.

En esa relación a lo colectivo podía decirse que había un continuum que iba desde la asimilación al rechazo. Digamos, desde la masa freudiana a alguna de las formas del inconformismo burgués o revolucionario. En el medio, la neurosis moderna, forma por excelencia del malestar en la cultura y de un modo tan extendido que podía ser considerada como la norma. La “nerviosidad moderna”, como la llamó Freud, consistía en aprovecharse de la condición representativa de la realidad, para resguardarse en una especie de equilibrio inestable entre las fantasías de cada quién y su puesta a prueba, sea por la realidad, el tiempo o las consecuencias de lo que se elegía.

Pero tanto en un extremo cómo en el otro se consideraba que la relación entre lo subjetivo y lo colectivo era unívoca. Como dos caras de la misma moneda. Lo social era el resultado - estabilizado - de los modos subjetivos de agruparse y viceversa, lo subjetivo era la formalización - en la experiencia propia - de la influencia social y comunitaria.

Tradicionalmente dicha inclusión estaba mediada por alguna de las formas del amor o el ideal. Tanto uno como el otro se caracterizan por imposibilidad de delimitar los bordes de la identificación que propician. Dicha ambigüedad sirvió para embragar la experiencia subjetiva, también ambigua, con los colectivos a los que se esperaba la inclusión, manteniendo bajo razón las incongruencias. Freud describió tres formas de identificación, y postuló como la más originaria el amor al padre, amor en cuyas alternativas podía inscribirse lo simbólico. Esta identificación primera constituía el soporte desde donde, los enunciados identificatorios, podían modular la experiencia subjetiva ya que, el amor y los ideales que en él se sostenían, traccionaban al sujeto a asumirlos como propios.

De ahí que el modelo del síntoma hubiera sido la histeria. Por su mediación se introdujo en el centro de la cultura un síntoma - mensaje que no era otra cosa que la pregunta por valor de su anomalía en el conjunto. Esa pregunta abrió un lugar para la experiencia subjetiva moderna en el seno de las masas de población que se volcaron a las ciudades desde la revolución industrial y la aparición de los estados modernos, organizados en base a sistemas simbólicos representativos. Y se podría decir que lo que habilita la presencia de un psicoanalista en este ámbito, es que la articulación entre los colectivos y el sujeto es, desde entonces, sintomática.

El encuentro entre la histérica y Freud puso de relieve el papel del padre, justo en momentos en que esta figura ya empezaba a declinar agobiada por las exigencias que le imponía su nueva condición de proletario o de ciudadano.

El síntoma moderno se asentaba en la diferencia entre el enunciado colectivizante y su identificación subjetiva. De esa operación quedaba un resto inasimilable que despertaba la pregunta por el valor de cada cual en dicho colectivo. Lacan lo llamó discurso del amo, en donde la verdad del enunciado civilizador la daba el inconsciente. El tratamiento de ese síntoma consistía en revisar las identificaciones a las figuraciones de lo colectivo, en la esperanza de que el sujeto encontrara allí las marcas que lo habían constituido. Hecho lo cual se esperaba que retomara por su cuenta la tensión entre lo colectivo y lo singular de su constitución ejerciendo la cuota de libertad que podía.

Pero las cosas están muy lejos de cómo las encontró Freud. Se puede decir que, si bien el síntoma sigue siendo alguna clase de alteración de un orden, esa alteración está ahora tendida en el horizonte de una satisfacción tan absoluta, que desborda

las identificaciones (2) Es por esa vía que vemos multiplicarse la fragmentación de los colectivos y su volátil recomposición mediante identificaciones a modos particulares de goce, a veces formando verdaderas comunidades, con sus emblemas, sus rituales y hasta sus publicaciones.

El síntoma contemporáneo está ligado a la creciente homogenización de las identidades alrededor del objeto de satisfacción. Paradójicamente, esta expansión de la igualdad, no sólo no pacifica las comunidades, sino que parece fomentar la violencia, hasta la aparición de fenómenos que parecían extinguidos, como los linchamientos o las interminables cadenas de venganzas entre familias o vecinos.

En ese panorama los modos colectivos de inscripción también cambiaron. Ya no se trata del padre y sus ideales sino de una burocracia informatizada, cuyas reglas de inclusión son impersonales, asubjetivas e inexorables (2) Sistema del cual la exclusión se hace sin violencia explícita: con sólo dejar de aparecer en pantalla ya no tiene sentido volver a hacer la cola. Por otro lado, el horizonte de lo común está regulado ahora por variables relacionadas con la satisfacción. Y en el campo específico de la vida en común, la satisfacción se reparte entre la arquitectura, el consumo y la seguridad.

Ahora bien, paradójicamente, en un mundo donde la desigualdad es palmaria, puede observarse el retorno de una igualdad originaria con sus "síntomas" por ejemplo, el asesinato fraterno. No fuerzo mucho las cosas si me remito a las dos condiciones dominantes de la cultura contemporánea: su extensión, al punto de poder llamársela, aldea global, y su indiferenciación. La primera es la formidable expansión de los medios de comunicación y su mimesis comunitaria a través del desarrollo de redes sociales virtuales. La segunda es la inserción, en dicho colectivo, mediante procedimientos burocráticos globales, que borran la marca de lo singular, forzando la identificación a una categoría válida para todos: cliente, usuario, beneficiario, consumidor, etc. La identificación a dicha categoría incluye también el cálculo de la satisfacción que debería obtenerse.

Tal borramiento de lo subjetivo y la reabsorción continua del afuera en un adentro indiscriminado y sin límites, son las condiciones que explican modalidades del sufrimiento que sólo pueden llamarse sintomáticas desde un punto de vista social, puesto que el malestar que engendran es sufrido por la sociedad donde se produce y, lo que es más importante, no genera los efectos subjetivos que habilitarían el uso

del nombre de síntoma. Se trata de formas desnudas de la pulsión y su modelo es la descarga de la tensión, cualquiera sea su origen. Aquí el modelo del síntoma ya no es la histeria y su pregunta, es más bien la descarga violenta y sus formas. En primer lugar las violencias nacidas de la simetría rival. Formas que intentan trazar, en el vacío de la comunidad igualitaria una distinción elemental, pero el costo es la rivalidad inmediata y mortal. En este campo está pendiente una investigación de fenómenos poco estudiados, como la llamada "joda" y el "desconocimiento" que suelen terminar en un asesinato a puñaladas. En nuestra región es de lejos el crimen más frecuente, por lo general en seno de comunidades familiares.

Ante ellos se suele evocar la vieja tesis de un mal radical. Tesis que se asocia a otra, también clásica, de una intimidad entre comunidad y violencia. En efecto, no hay que ir muy lejos para encontrar la relación entre el mito originario y la violencia. Desde Caín y Abel a Rómulo y Remo, la presencia de una violencia en el origen, violencia de la cual la comunidad debe separarse para fundar el orden que le permita constituirse. Que en dichos mitos la sangre derramada sea fraterna, y que la figura de los gemelos ocupe un papel destacado, da forma a un espacio imaginario absoluto en el que no puede trazarse ninguna distinción. Expósito (3 R. Expósito. Diez Pensamientos Acerca De La Política. Buenos Aires. 2012. Pág. 274) atribuye esa simbolización originaria a la necesidad de romper con la simetría exasperada que introduce el exceso de igualdad. El hecho de que en esa comunidad absoluta no se introduzca ninguna distinción que permita trazar un borde entre un adentro y un afuera. "Cuando la igualdad es demasiada, cuando llega a rozar el orden del deseo, concentrándolo en el mismo objeto, desemboca, inevitablemente en la violencia recíproca" La filosofía política ha hecho de esto la base de su sistema, el mal no proviene del exterior sino del interior de la comunidad misma, y en ella "de lo que en el hombre es lo más común: la posibilidad de dar muerte y de ser muerto" (idem obra citada).

Si el horizonte del síntoma contemporáneo es la satisfacción, ¿Dónde se acredita su rédito? Tradicionalmente la efectuación era parcial y la frustración consiguiente cargada en las cuentas del deseo, la esperanza y el devenir de los tiempos. Ahí operaban el amor y el ideal para ayudar a tolerar lo que faltaba. Ese era el escueto camino de la madurez. Pero dijimos que el mercado promueve la satisfacción y su promesa no puede diferirse muy lejos a riesgo de colapsar todo el sistema.

Pese a lo que pudiera creerse no hay muchos campos donde esta satisfacción se realice, y al no haber otro recurso para la frustración que las promesas de goce del mercado, la tensión resultante se torna insoportable y la descarga violenta, su consecuencia. (La pelea política, de celos, de resentimientos, alimentan la diaria de la televisión. Y los programas “de investigación” toman sus imágenes de las cámaras de seguridad para mostrar peleas de personas alcoholizadas.)

El campo por excelencia donde la satisfacción se promete, pero además permite alguna efectuación de goce, es el de la mirada. Y ello mediante el recurso de hacerse ver gozar. Laurent dice que los quince minutos de fama se usan para eso, para presentarse ante la escena de lo colectivo como gozante. Esta es la salida que el mercado permite, pero se trata de un circuito infernal que, a la vez que promete goce, lo frustra, para volver a relanzarlo. Todas las formas, por refinadas que sean, están diseñadas para borrar las marcas subjetiva y reemplazarlas por una marca para ver. Aún las clandestinas, las que se sustraen a esa mirada, toman su valor de goce de dicha sustracción. Pero además, todas las formas de goce, aún las que se prometen como exclusivas son para cualquiera que responda al target para el que fueron diseñadas. Y esa indistinción borra las marcas que ofician de límite reproduciendo condiciones que podrían homologarse a la mítica comunidad originaria.

En suma, el síntoma contemporáneo no parece responder como se espera a las razones con las que se procura gobernarlo. No lo consiguen las apelaciones al bien común, al amor o la conveniencia y mucho menos las referencias a cualquier ideal. El síntoma contemporáneo no responde a ninguna de las razones tradicionales.

Sin embargo habría que anotar, entre las modalidades contemporáneas del síntoma, aquellas que aún se encuentran ligadas a los islotes del sistema simbólico. Y aunque se trate de fragmentos, ello no disminuye su extensión ni su importancia. Pienso por ejemplo, en la amplia distribución del sistema escolar y la tensión que soporta al ser todavía el representante de la unidad. El tratamiento de esos fragmentos puede habilitar un tratamiento simbólico para el síntoma. Tal vez sea una esperanza nostálgica, pero varios de los trabajos presentados en esta mesa muestran a la institución como una suplencia del tratamiento simbólico del síntoma: un sistema de reglas manejado adecuadamente, un soporte imaginario institucional, y una inscripción subjetiva que genere preguntas. (4)

También habría que anotar aquellas modalidades del síntoma donde la inscripción alcanzó a producirse, pero el déficit simbólico respondió débilmente dejando el lugar vacilante. Esta modalidad sigue teniendo el carácter de un llamado, y hasta podría decirse de un llamado al padre. Un eco de aquel... "Padre, Padre, ¿Por qué me has abandonado?" En su agujero se precipitan las pulsiones al no encontrar ningún lazo que las retenga, suelen adoptar las modalidades de lo que, en psicoanálisis, se conoce como acting - out, un mensaje interrumpido, una botella al mar. Fugas, consumos de riesgo, abandonos de tareas pueden responder al reconocimiento del sujeto que puede deducirse de su estructura de mensaje frustrado.

Si el síntoma contemporáneo se caracteriza por el fracaso de los modos universales de la identificación, el abordaje no puede intentar reponerlos en su eficacia. Se trata de encontrar un método que pueda prescindir de validaciones universales para abordar los modos fragmentarios de la experiencia contemporánea. La perspectiva del psicoanálisis puede ser un modo válido de hacerlo. Y ello, porque ha renunciado a incluirse en una ciencia de lo general, para dedicar su atención a los modos singulares en que cada quién encuentra su lugar en lo social. Le llamamos formalización del síntoma, por entender que esa articulación con lo social, ha sido siempre problemática y mediada por la figura del síntoma. Esta bien que esto reduce su validez al caso por caso, pero, aceptadas estas condiciones, el psicoanálisis es un instrumento posible para intentar el abordaje del malestar contemporáneo, entendemos que es, en las vías del síntoma, donde todavía vamos a encontrar lo que queda del viejo sujeto.

#### *REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS*

*1 Hay varias obras que introducen esta mirada, varias inspiradas en la Gustave le Bon y su libro Psicología De Las Multitudes, que inspiró entre otros al mismo Freud. En nuestro país José Ramos Mejía escribió Las Multitudes Argentinas.*

*2 Juan Carlos Indart Orden De Hierro SCILICET. EL ORDEN SIMBOLICO EN EL SIGLO XXI. Tomamos esta referencia bibliográfica, pero el estudio del llamado Orden de Hierro ha sido extensamente desarrollado por Juan Carlos Indart en diferentes seminarios y conferencias. Parte de una referencia de J.Lacan en el Seminario XXI*

*donde anticipa la sustitución del nombre del padre por un Orden de Hierro. Ver también, Juan Carlos Indart - VIII Congreso de la AMP*

3 R. Expósito. *Diez Pensamientos Acerca De La Política*. Buenos Aires. 2012. Pág. 274

4 .J. A. Miler. *La Salvación Por Los Desechos en PUNTO CENIT, Política, religión y el psicoanálisis*. Colección Diva, Buenos Aires, agosto 2012